

Don Fer- recordar su habitual vida durante el
uciosamen- invierno madrileño. De allí surge un
recha a los programa, que casi siempre es el mis-
quedan en mo y que empieza por tomar un tran-
los distin- vía y concluye en un pueblecillo de
ra que los los alrededores, merendando y casti-
édito, y se gando otra vez al estómago. El, de
ambo a un buena gana no lo haría; pero ¡caray!
moda. ha ido en plan de perfecto veranean-
puente de te y tiene que hacer lo que todos.
a sus an- Cena, se mete en el casino muy ves-
Madrid, tido con "smoking" y camisa plan-
lo foro y chada, y suda hasta la madrugada,
muy bien. en que se va a acostar, y aparte de
te en la las pulgas, que suelen hacer acto de

egido que
gido cen-
a que en
ajar nos
los car-
gente en
esto es
capta a
de ha-
alón de
y medio
sociedad
pueblo
tada de
licio, la
puerto
al mesa
rato,
le bu-
Carlos
es su-
se en
rena"
que lo
tarde
s, con
en so-
una
y allí,
sobre
arrue-
ma",
nda...
ame-
acen

presencia, duerme tranquilo hasta las doce o la una.

El veraneo de don Fermín no puede ser mejor, y en la lucha contra el calor que sintió en Madrid, el hombre ha salido triunfante. Allí suda de otra manera y pasa otro calor, porque está de perfecto veraneante. Cuando regresa a la corte cuenta las excelencias del veraneo, y si alguien le pregunta por el mar, replica ingenuamente: "¡Ah! Pero ¿allí hay mar?"

No ha tenido ni la curiosidad de verlo.

Trapantojos

Por R. G. DE S.

El miedo al porvenir—

El flaco Alejandrino tenía mucho miedo al futuro. Quería guardar cosas en especie para defenderse el día en que el dinero no valiese nada.

¿Qué cosa podré conservar que no se deteriore, ni se corrompa y que pueda durarme años y años en mis sótanos?

¿Jamones? Jamones, no, porque se entrichinarán al cabo del tiempo.

¿Latas de sardinas? Tampoco, porque se les secará su aceite y llegará un día en que sólo estará la raspa en el fondo de la caja.

¿Onzas de chocolate? Lo consultó. Pero resulta que también el chocolate se apolilla y se disuelve en cuanto pasa tiempo.

Nada comestible aguantaba el tiempo. Pero él quería imponer su dinero en una remanencia segura, de la que pudiera disfrutar el día en que el dinero no valiese nada. En vista de eso compró una zapatería en traspaso, y así tendría asegurado el calzado para siempre—¡pero cuántos pares que no eran de su número ten-

dria que regalar!—y también compró una bodega, pues el vino ganaría a medida que pasase el tiempo y siempre por una buena botella habría alguien que le daría un buen pedazo de carne y otros unos kilos de pan.

Pero, el hombre, con miedo al porvenir, se dió a la bebida y ha muerto antes de que llegase el porvenir que esperaba. ¡Pobre previsor!

El hombre que se tragaba el despertador—

El madrugador llegó a perder la sensibilidad del reloj despertador y llegaba tarde a su empleo, que consistía en relevar del servicio a los que han estado despierto toda la noche. Su misión comenzaba a las 5 de la mañana.

Llegó a comprar el tercer despertador que mató por explosión meningea al héroe de uno de mis «Caprichos».

Contra este hombre acorchado por el madrugador, fueron inútiles hasta los despertadores con cinco campanas y que suenan una hora repitien-